

LA HISTORIA DEL CONFLICTO EN LA REGIÓN AUTÓNOMA DEL TÍBET

Observatorio de Extremo Oriente y Pacífico



Artículo Por Juan Rey

El conflicto en la Región Autónoma del Tíbet, puede ser definido como un choque entre dos nacionalismos que perdura hace más de 100 años. El nacionalismo chino busca preservar la integridad de un estado multiétnico, mientras que el nacionalismo tibetano aboga por una mayor autonomía. El Tíbet es una de las 5 regiones autónomas en China: estos territorios están definidos en el artículo 2 de la Ley de Autonomía de Minorías Étnicas (1984) como áreas en donde minorías étnicas viven en comunidades concentradas.

Las regiones autónomas en China reciben enormes beneficios legales en términos de autodeterminación en las leyes de las Regiones Autónomas de las Minorías Étnicas, pero en la práctica, las comunidades locales no pueden gozar de estos privilegios. Según los artículos 25 y 45 de Ley Regional de Autonomía Étnica (1984), se les otorga a las minorías étnicas la capacidad

de gestionar de forma independiente la construcción económica, los recursos naturales, la educación, los emprendimientos científicos, tecnológicos y culturales, la salud pública y otros proyectos relacionados. La realidad es que no hay ningún mecanismo que garantice el cumplimiento de estas normas que deberían otorgar altos grados de autodeterminación.

Para explicar la historia del Tíbet, es esencial entender la figura de los “lamas”. Ellos son los maestros reencarnados del budismo tibetano, pueden ser monjes o monjas; estos líderes espirituales que estudian y enseñan los textos budistas y su filosofía. El lama más importante es el Dalai, que en mongol significa “océano”, esto alude a la profundidad de su conocimiento. Se estima que 85% de los tibetanos son budistas, por ende, reconocen al Dalai Lama como su líder espiritual y político.

Durante la dinastía Qing* el Tíbet poseía un gran margen de autonomía, hasta que se implementaron reformas en 1728 (Goldstein, 1997: 16) con el objetivo de despojar a los tibetanos de su soberanía, se establecieron ministros para supervisar al Dalai Lama, conocidos como “ambans”. Se aumentó la presencia militar en la región y se dividió al territorio en 4. El acuerdo original entre la dinastía y los líderes tibetanos establecía que los asuntos internos del Tíbet, serían gobernados de manera autónoma por el Emperador en solitario. Esta puja de poder culminó en 1910, cuando el Dalai Lama fue despojado de su título por el Emperador y se marchó al exilio hacia la India.

La independencia del Tíbet fue declarada durante la caída de la dinastía Qing, a finales de 1911. En consecuencia, los soldados chinos se aprovecharon del vacío de poder y comenzaron a saquear Lhasa, la capital del Tíbet. En respuesta, el Dalai Lama formó un Comité de guerra para liberar a la región y envió el siguiente mensaje a sus seguidores (Van Schaik, 2011: 189):

“debemos luchar por la religión y nuestra libertad”

Una vez consumada la caída de la dinastía Qing, el Tíbet logró que todas las tropas chinas abandonaran el territorio en 1913, gracias al apoyo del Raj británico y Nepal. Estos países buscaban crear un Estado tapón entre ellos y China por su larga historia de conflictos territoriales.

El acuerdo finalmente se concretó en 1914 en la Convención de Simla, y el Tíbet fue reconocido como un territorio autónomo, no obstante China mantenía la soberanía en un sentido simbólico.

Una vez consumada la caída de la dinastía Qing, el Tíbet logró que todas las tropas chinas abandonaran el territorio en 1913, gracias al apoyo del Raj británico y Nepal. Estos países buscaban crear un Estado tapón entre ellos y China por su larga historia de conflictos territoriales. El acuerdo finalmente se concretó en 1914 en la Convención de Simla, y el Tíbet fue reconocido como un territorio autónomo, no obstante China mantenía la soberanía en un sentido simbólico. Con este acuerdo, el Dalai Lama se convirtió en el Jefe de Estado y China solo podía tener 300 soldados en el territorio (Goldstein, 1997: 17).

El gran fracaso del Tíbet independiente fue su intento de modernizarse y prepararse para una eventual invasión china. El Dalai Lama estaba convencido de la importancia de estos dos objetivos para garantizar su independencia. Los problemas surgieron cuando la sociedad rechazó la suba de impuestos para financiar las Fuerzas Armadas, y los sectores conservadores religiosos se opusieron a modernizar el país; fue percibido como una amenaza contra los valores espirituales budistas, una religión caracterizada por su pacifismo. Durante este periodo, el cual China se encontraba lidiando con otros conflictos internos y defendiéndose de Japón, el Tíbet no aprovechó su oportunidad para ser reconocido por el sistema internacional (Van Schaik, 2011).

*Los Qing fueron los últimos gobernantes del Imperio Chino, administraron el territorio desde 1644 hasta el establecimiento de la República, en 1912.



Finalmente, cuando el Partido Comunista Chino venció al Kuomintang en la guerra civil en 1949, el nuevo gobernante Mao Zedong decidió avanzar en los territorios autónomos. Durante los años previos, que la política de aislacionismo había llegado a su máximo nivel, el Tíbet anticipó la ofensiva comunista demasiado tarde, y envió misiones diplomáticas desesperadas a Gran Bretaña y Estados Unidos en búsqueda de apoyo militar, pero no recibió respuesta alguna.

Mao le ofreció al gobierno tibetano una liberación pacífica en 1950, no obstante, esta propuesta nunca fue respondida. El 7 de octubre de 1950, el Ejército Popular de Liberación cruzó el río Yangzi y en 2 semanas todas las tropas tibetanas fueron capturadas o derrotadas en combate (Goldstein, 1997).

El gobierno derrotado entró en negociaciones con Beijing y eventualmente firmaron el Acuerdo de los 17 Puntos. Mao no buscaba derrotar a Tíbet, sino que su objetivo era ser reconocido por ellos, y es por ello que optó por firmar este acuerdo con los líderes budistas. En este acuerdo, el Tíbet reconoció finalmente que era parte de China y renunció a su reclamo de autodeterminación. La República prometía en los puntos 4 y 7, no interferir en el sistema político centrado alrededor del Dalai Lama, y aseguraba la protección de las creencias religiosas budistas tibetanas. Estos últimos puntos son contradichos por el 15, que le daba la autoridad al gobierno central chino de establecer cuarteles militares y una Comisión Administrativa para garantizar el cumplimiento del acuerdo. Tenzin Gyatso, el Dalai Lama actual, aceptó el acuerdo con cinismo y volvió a la capital. Una de las razones por la cual aceptó el tratado, fue la necesidad de una reforma económica, siendo que todavía existía un sistema feudal anticuado por la falta de modernización durante el mandato de la reencarnación previa del Dalai Lama.

Las primeras políticas implementadas bajo el nuevo acuerdo eran moderadas, basadas en la idea de coexistencia y gradualismo. Eventualmente, se intentó reformar el sistema agrícola, y a pesar de que ambos líderes, Mao y el Dalai Lama estaban a favor de este plan, ninguno pudo controlar a los sectores más radicales de sus gobiernos. Los tibetanos conservadores no querían alterar el statu quo, mientras que los integrantes del partido comunista querían reformas radicales de inmediato.

En exilio el Dalai Lama y sus seguidores fundaron la Administración Central Tibetana en la ciudad de Dharamsala, India. Esta organización política estuvo liderada por el Dalai Lama, quien ejerció el cargo de jefe político hasta 2011, y además está compuesta por un Parlamento democrático. Fue fundada con la intención de restablecer la libertad en el Tíbet. Este gobierno principalmente cumple una función simbólica, al actuar en el exilio tiene poco poder, pero hasta el día de hoy mantiene su reclamo por la soberanía del Tíbet.

Durante la revolución cultural china, el Tíbet sufrió devastadores pérdidas: las aproximaciones varían entre 102.000 y 600.000 muertes desde la anexión hasta el final.



Dalai Lama, a sus 80 años

Algunas de estas muertes fueron causadas por violencia directa del régimen autoritario que torturó, ejecutó y asesinó en batalla a disidentes; el resto de los números proviene de aproximaciones de las muertes por hambrunas y suicidios causadas por el conflicto (Kuzmin, 2011: 338). Además de la pérdida humana, se estima que 6000 monasterios budistas fueron destrozados y las libertades religiosas fueron limitadas drásticamente.

A partir de la muerte de Mao en 1976, reapareció la intención de reconciliación por parte de China. Bajo el mando de Deng Xiaoping se liberaron prisioneros políticos y se les permitió a tibetanos visitar familiares exiliados. Con estos gestos se buscó persuadir al Dalai Lama y sus seguidores de volver del exilio. En China, se pretendía que al demostrar los avances logrados en los últimos años impresionarían a los delegados que representaban al Dalai Lama en las visitas al Tíbet. La realidad fue decepcionante, los delegados descubrieron que su pueblo vivía en miseria y que la religión había sido destruida casi completamente. Lo único que se mantuvo intacto fue el sentimiento nacionalista a pesar de la ausencia de su líder espiritual por 20 años. Durante la estada de las delegaciones, los manifestantes escupieron a los Han que acompañaban a las visitas, en contraste, los representantes del Dalai Lama recibían regalos y adoración. En respuesta a la humillación, el Partido Comunista reforzó su intención de atraer a líderes budistas con políticas sociales más liberales (Arya, 2019). A partir de 1988 se comenzaron a organizar festivales de rezo en el Tíbet, además, ofrecieron financiar obras de remodelación de monasterios si los monjes asistían y continuaron liberando prisioneros políticos. Durante el festival, monjes protestaron en contra de los arrestos arbitrarios y manifestaron su postura a favor de la independencia. Estas manifestaciones desencadenaron en una serie de masivas protestas (Kuzmin, 2011).

El deterioro repentino en la región alteró los reclamos del máximo representante del Tíbet, el Dalai Lama. A partir del 15 de junio de 1989 el líder budista propuso en el parlamento europeo en Estrasburgo el “camino a medias”. Esta nueva postura busca asemejar el modelo establecido después de la caída de la dinastía Qing: el Tíbet reconocería ser parte de China, pero tendría control sobre toda su política interna. La República Popular sólo tendría autoridad sobre la política externa. Como parte del proceso de desmilitarización, China solo podría mantener un número reducido de tropas. El sistema de gobierno se basaría en la división de los poderes y la democracia. El partido comunista rechazó la propuesta: otorgarle valores democráticos y mayor autonomía a esta región podría tener un efecto dominó en el resto de la población. Esta propuesta fue considerada como una forma indirecta de independencia y una gran amenaza a la integridad del régimen que defienden (Arya, 2019).

A partir de este fallido acercamiento, las posturas de ambos lados se han alejado constantemente. China dejó de intentar atraer a los líderes budistas y comenzó a enfocarse principalmente en el aspecto económico. Su plan, desde entonces, se enfoca en aumentar la integración de la economía tibetana: la principal medida consiste en incentivar a los chinos Han a emprender en el Tíbet con reducciones tributarias. China manifiesta que con una economía más desarrollada y con migraciones internas de otras etnias, puede tranquilizarse el conflicto. Gracias a estas medidas económicas, Beijing tiene garantizada una mayor población pro-China permanente en el Tíbet. Además, se aplicaron reformas educativas con el fin de promover valores nacionales en los niños tibetanos, hoy en día todos los alumnos deben aprender chino mandarín y a una edad más temprana.

En 1989, Lobsang Trinley Lhündrub Chökyi Gyaltzen, el Panchen Lama, falleció. La figura del lama tiene un enorme peso en la política y la religión del Tíbet. Ellos son reencarnaciones de monjes budistas y el Panchen Lama es quien se ocupa de encontrar al Dalai Lama cuando muere y viceversa. Tenzin Gyatso encontró a Gedhun Choekyi Nyima, un niño tibetano de 6 años, en mayo de 1995 y después de una serie de rituales se lo nombró como la reencarnación del décimo Panchen Lama. Solo 3 días después de su confirmación el Gobierno chino secuestró al niño y a su familia, y desde entonces se desconoce su paradero (Gyatso, 2011). El partido comunista decidió confirmar a su propio Panchen Lama, Chökyi Gyalpo, el hijo de dos afiliados al partido comunista en el Tíbet. Esta designación claramente demuestra la intención de China de deslegitimar a líderes religiosos que no comparten los valores nacionalistas. Seguramente el día que Tenzin Gyatso muera, China intentará imponer su propio Dalai Lama pro-chino. Otro método de controlar la legitimidad de las figuras religiosas en el Tíbet es la Ley de Gestión de la Reencarnación de los Budas Vivientes de 2007. Esta norma regula cuáles reencarnaciones de monjes son legales y cuáles no; según el artículo 2 “los Budas vivientes reencarnados deben respetar y proteger los principios de la unificación del estado...”

Con el objetivo en mente de integrar la economía del Tíbet, China completó el ferrocarril Qinghai-Tíbet en 2006 para fomentar el desarrollo y el turismo. En 2009 finalizó la construcción de la Autopista del aeropuerto de Lhasa, la capital de la Región Autónoma, para facilitar el transporte con el único aeropuerto internacional del territorio.

Se prevé que a mediados del 2030 el ferrocarril Sichuan-Tíbet comience a operar a su máxima capacidad. El proyecto consiste en un tren bala que viajará por alturas de hasta 5 mil metros, equipados con sistemas de administración de oxígeno para los pasajeros. Eventualmente se convertirá en la obra de infraestructura más costosa en la historia de China, con un presupuesto total aproximado de 50 mil millones de dólares. La nueva ruta busca reducir el tiempo de viaje de 48 horas a solo 12, conectando las ciudades de Lhasa, la capital del Tíbet, y Chengdu, la capital de la provincia de Sichuan. El gobierno central busca fomentar la interdependencia y estabilidad en la región (Briginshaw, 2020).

En comparación al siglo pasado, el XXI ha demostrado un grado de estabilidad relativamente alto en el Tíbet. No obstante, esto no significa que no haya excepciones como las protestas durante los Juegos Olímpicos de Beijing en 2008 en conmemoración al aniversario número 49 del día que el Dalai Lama se exilió. Irónicamente, las protestas budistas se han tornado más pacíficas y crueles al mismo tiempo, los enfrentamientos contra las autoridades han disminuido, pero surgió un nuevo método sin precedentes. Desde 2009, 156 tibetanos se han prendido fuego a ellos mismos en modo de protesta (Gyatso, 2011).



No hay dudas de que históricamente el Tíbet ha sido parte de China, pero esto no significa que haya sido gobernado éticamente. La experiencia demuestra que estos dos sectores luchan por valores extremadamente incompatibles: la República busca preservar su autoritarismo, la centralización de poder y la secularización. El Tíbet busca obtener su independencia o como mínimo ser parte de una república democrática con mayores libertades y preservar sus valores religiosos.

Para el movimiento tibetano el futuro es sombrío, el Partido Comunista se ha especializado en el arte de imponer sus intereses nacionalistas en todo el territorio, implementando métodos coercitivos en Hong Kong y Sinkiang. China tiene gran interés en los recursos naturales que se encuentran en el techo del mundo y en mantener a su sociedad sumisa. La triste realidad es que seguramente el Tíbet ya desperdició su mejor oportunidad de una independencia duradera, que fue durante el período de guerras civiles chinas y sino-japonesas a principios del siglo 20. La única ventaja que le quedaba al movimiento pro independencia en la región, era la demográfica, la cual lentamente se desvanece con las migraciones internas.

BIBLIOGRAFÍA

- Arya, T. G. (2019). The 17-point Agreement – What China promised, what it really delivered and the future? Central Tibetan Administration. [En línea] <https://tibet.net/the-17-point-agreement-what-china-promised-what-it-really-delivered-and-the-future-2/>
- Briginshaw, D. (2020). `China starts work on central section of Sichuan-Tibet Railway`. International Railway Journal. [En línea] <https://www.railjournal.com/infrastructure/china-starts-work-on-central-section-of-sichuan-tibet-railway/w>
- Goldstein, M. C. (2005). The snow lion and the dragon: China, Tibet, and the Dalai Lama. University of California Press.
- Gyatso, T. (2011). Reincarnation. The 14th Dalai Lama. [En línea] <https://www.dalailama.com/the-dalai-lama/biography-and-daily-life/reincarnation>.
- Kuz'min, S. L., Terent'ev, A. A., & Bennett, D. (2011). Hidden Tibet: history of independence and occupation. Library of Tibetan Works & Archives.
- Ley de Autonomía de Minorías Étnicas. (1984).
- Ley de Gestión de la Reencarnación de los Budas Vivientes (2007)
- Ley Regional de Autonomía Étnica. (1984).
- Population Structure and Changes in the Tibet Autonomous Region, An Analysis of the Recent Census Data (2007). Case Western Reserve University. [En línea] <https://case.edu/affil/tibet/tibetanSociety/documents/TAR-Census2.pdf>
- Schaik, S. V. (2011). Tibet: a History. Yale University Press.
- Sperling, E. (1970). The Tibet-China conflict : history and polemics. en University of Hawaii Manoa Press.
- Zhang, H. (2012). The Laws on the Ethnic Minority Autonomous Regions in China: Legal Norms and Practices. Loyola University of Chicago, International Law Press.

Datos del OBSERVATORIO

Dirección: Patricio Degiorgis.
Coordinación Académica: Dalma Varela y Eduardo Diez.
Coordinación de Comunicación: Rocío Ramos Vardé y Nicolás Casas.

Observatorio de Extremo Oriente y Pacífico

Coordinadora: Lucía Pereyra
Miembros: Martina Cristino Hayez, Álvaro Skobalski,
Agustina Aires, Alejandro Ostrovsky, Julieta Páez, Bruno Lo
Prete, Ian Dobsy, Juan Rey, Paz Ospital.

Tutor: Martín Ortiz Quintero
Contacto: cesiubeo@gmail.com